

La página viva

Historia de un beso como un vuelo

José de la Colina

Después de la presentación formal, “Hola, qué tal, yo soy Diana”, dijo ella, “Cómo estás, yo soy Eduardo”, dijo él, sintieron al unísono, irreprimibles, unos deseos imponentes de besarse, de unir sus bocas, lo hicieron sin pensarlo dos veces, sin inhibiciones ni límites de ninguna especie, sintiendo el placer, la delicia, la felicidad de que esto que les estaba sucediendo no lo habían esperado, ni siquiera buscado, y así estaban, labios sobre labios, apretados, juntos, en un beso que seguía prolongándose, y que tuvo que haber producido como una especie de vacío, de raro fenómeno físico a su alrededor, algo así como el efecto de una ventosa, pero en este caso al revés, hacia afuera de sus delicadas concavidades, que les hizo flotar en ese cuarto, casi sin que ellos se dieran cuenta, o si llegaron a percibirlo poco les importó, impregnados como estaban de sus bocas, “Es como besar uvas”, pensó él, “Es como soñar que me besan”, pensó ella, hasta que con toda propiedad se puede decir que desembocaron por el balcón, sin desprenderse, absorbidos, sus cuerpos gravitando como si fueran satélites de esos labios autónomos, independientes, y dieran un paséito sobre los flamboyanes del parque, alborotando a las palomas anidadas en los frisos de la alcaldía y a los transeúntes que miraban el espectáculo, algunos con admiración no exenta de cierta envidia, otros reprobando ese beso volador que afectaba a las buenas costumbres, cuando en un momento que la pareja planeaba bajito, y que la intensidad del beso los tornó discrecionalmente algo más lentos, tal vez un mínimo desprendimiento de alguna comisura, o porque se desaceleró el impulso original y provocó el despegue de la saliva, el desasimiento, la reacción química normal en dos líquidos que se dividen, Diana y Eduardo se precipitaron a tierra, los labios finalmente separados, incólumes como antes de



Felipe, por Quino

conocerse, sus bocas sonrientes devueltas a la integralidad de sus cuerpos, se pusieron en pie y se dieron la mano para despedirse, cordiales, “Me alegro de haberte conocido”, dijo ella, “Para mí fue un placer”, dijo naturalmente él, aunque comprendiendo ambos que un beso como ése no volvería a ocurrir en todas sus vidas.

Jorge Timossi, “El beso”,
en *Cuentecillos y otras alteraciones*.
Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995.

El periodista argentino-cubano Jorge Timossi (Buenos Aires, 1936-La Habana, 2011), que fue famosa y amigablemente caricaturizado por el dibujante Quino en la historieta *Mafalda* (en la cual pasó a ser uno de los personajes de primer plano: Felipe, el niño dientón y penseroso, quien, como un Hamlet o un Segismundo menores, se pregunta: “¿Justo a mí tenía que tocarme ser como yo?”), fue uno de los fundadores de Prensa Latina, director de la Agencia Literaria Latinoamericana y del Instituto Cubano del Libro, y autor de varios libros de reportajes y ensayos políticos de tono castrista. También escribió poesía (*Poemas*

de un corresponsal, de 1981, y *Palmeras*, de 1982), pero sobre todo fue uno de los mejores —aunque por desgracia uno de los menos fecundos y menos leídos y reconocidos— cultivadores del cuento breve y brevísimo en los primeros años noventa, es decir, en un tiempo en que ese modo de ficción no había llegado al auge y al reconocimiento de los que ahora goza. En ninguna de las por mí conocidas antologías de narrativa corta que hoy proliferan con fino o con mediocre criterio selectivo se puede hallar una sola de las 33 piezas del libro en que Timossi ejerció el género con brillantez y con la maestría de escribir cada una de todas ellas en un solo trazo de escritura, es decir, como una sola larga frase pero sin más punto que el indicador del final del texto.

Narrado en 360 palabras, “El beso” es una proeza y una obra maestra del minicuento o, si se quiere, del “minicuento algo largo”. Ejerciendo una escritura continua y fluida, cumplidora de la que acaso sea la principal de las *Seis propuestas para el próximo milenio* de Italo Calvino: la de la levedad, Timossi pone en acción, es decir en narración, la analogía beso = vuelo y, con poesía y con humor, la traduce en una flotante y tragicómica aventura del deseo o quizá del amor que lo puede todo, ¿menos perdurar? **u**